

“LAS AGUAS... NO TE ANEGARAN”

Por Beatriz Short Neall

El pastor Sau miró hacia afuera por la ventana de su habitación en la iglesia de Due My. ¿Pararía de llover? El río ya estaba desbordándose. De repente vio una muralla de agua que venía río abajo arrasando casas, árboles, gente que gritaba y animales. Las aguas enfurecidas se acercaron a la iglesia. Cuando entraron, el pastor Sau levantó a su esposa y a sus niños sobre una mesa. Pronto el agua cubrió la mesa. El colocó otra mesa sobre la primera. Pero las aguas seguían subiendo. Se las arregló para colocar una tercera mesa sobre la segunda. La familia estaba allá arriba, cerca del cielo raso, y miraba cómo las aguas seguían subiendo. Desesperadamente, el pastor golpeó el techo de chapas, y sacó una. El y su familia salieron por el agujero y se subieron al techo, preguntándose qué les iría a ocurrir.

Era miércoles, día de reunión de oración, y el pastor Pham Thien estaba frente a la congregación de la iglesia de Danang, a treinta y cinco kilómetros de distancia. "Hoy me encontré con un piloto de helicóptero que andaba rescatando gente de los techos –dijo-. El piloto dijo que la zona de Duc My había sido cubierta por una capa de agua tan profunda que no existía la posibilidad de que nadie hubiera escapado. Temo que todos nuestros hermanos de ese lugar hayan muerto". Cuando los miembros de iglesia oyeron eso, comenzaron a llorar. Y el pastor lloraba con ellos.

El jueves de mañana el pastor Thien procuró, por todos los medios, encontrar una forma de ir a Duc My. Pero todos los aviones y los botes estaban repletos, de modo que él y cuatro colportores decidieron ir caminando. El agua estaba todavía tan alta que apenas se veía el tope de las vías del ferrocarril. Tomándose de las manos para no perder el equilibrio, los hombres comenzaron la caminata de 35 kms hacia Duc My.

Ya habían andado durante varias horas cuando de pronto fueron detenidos por cuatro soldados muy severos.

-¡Muestran su tarjeta de identificación! -les dijeron.

El pastor Thien y sus hombres sacaron sus tarjetas, que mostraban que eran misioneros de la Iglesia Adventista. Los soldados miraron la firma y fruncieron el entrecejo.

-¡Tilstra! ¡Ese es un nombre norteamericano! -dijeron.

- Sí, el presidente de nuestra misión es norteamericano -dijo Phan Thien.

-¿Uds. saben quiénes somos? ¡Somos guerrilleros vietnameses!

-Me alegro de saludarlos -dijo el pastor Thien, sonriendo valientemente mientras les estrechaba la mano- Uds. saben que nosotros, los adventistas, no participamos en política. Únicamente predicamos el Evangelio.

-Bueno, sigan -dijo el jefe de los guerrilleros- No queremos que el enemigo pase por aquí, pero confiamos en Uds.

Era después del mediodía cuando los cinco cansados viajeros llegaron a una iglesia católica. Allí descansaron un poco mientras un anciano y bondadoso sacerdote les daba algo de comer y beber. Lo mejor que tenía era arroz y pescado enmohecido, pero sabían bien. Luego los hombres continuaron su camino.

Al anoecer vislumbraron la iglesita de Duc My, todavía orgullosamente en pie en su lugar. Quedaron sobrecogidos de temor y expectación. ¿Estaría allí el pastor Sau para saludarlos? Corrieron hasta la iglesia y abrieron la puerta. Allí, entre todo el barro, estaban el pastor Sau y su familia.

- ¡Gracias a Dios que todavía están vivos! -exclamó el pastor Thien-. ¿Cómo están los miembros de la iglesia? ¿Se salvó alguno?

-Todos -dijo el pastor Sau-. No se perdió ni uno. Se escaparon en sus barcas de pescadores. Sin embargo han perdido todo lo que poseían.

-Pero ¿qué hizo Ud.? - preguntó el pastor Thien.

-Nos subimos al techo. El agua llegó hasta los bordes y luego comenzó a bajar. Dios nos salvó la vida. ¡Pero tenemos tanta hambre!

La iglesia de Danang, las demás iglesias de Vietnam y todas las iglesias del mundo prestaron socorro a nuestros pobres hermanos del centro de Vietnam de manera que recibieron alimento, como también lugares para vivir. Dios todavía cuida de los suyos.